

## INTRODUCCIÓN



JIRÍ KRATOCHVIL  
O LOS MUNDOS POSIBLES  
por Patricia Gonzalo de Jesús

*Hay muchas historias que pueden ser contadas,  
pero sólo algunas de ellas pueden ser verdaderas*

ALEKSANDAR HEMON

A veces la memoria no es más que un viejo álbum de fotografías color sepia o tomadas con una LOMO de fabricación rusa. O una maleta desvencijada repleta de objetos huérfanos que descansan, agazapados en el ostracismo, junto a un uniforme del movimiento de pioneros. O un cajón lleno de cartas, mensajes en una botella lanzados al vacío. Sobre ellos, la capa de polvo de lo que algunos han dado en llamar Historia, con mayúsculas. Y al abrir ese álbum, esa maleta, ese cajón, en definitiva, esas historias con minúsculas (no por ello menos verdaderas que la oficial), se levantan remolinos de Historia que nos producen lagrimeo, cosquilleo o irritación, según el momento y la densidad de la polvareda. Así es, a grandes

trazos, cómo concibe el crítico Zbyněk Fišer la obra del novelista checo Jiří Kratochvíl, y eso mismo, el color sepia del recuerdo y la omnipresencia polvorienta de la Historia en cada rincón, es lo que enraíza a este autor en la prolífica y escurridiza (por difícilmente definible y clasificable) saga de escritores centroeuropeos contemporáneos, junto a Danilo Kiš, György Konrád o Angel Wagenstein, entre otros.

El teórico Jiří Trávniček afirma que *«Europa Central no puede ser definida, pero puede ser narrada. [...] Europa Central no se encuentra en los conceptos, sino en las historias»*; y es que difícilmente se puede aprehender la esencia inestable de un territorio de fronteras y regímenes cambiantes, fluctuantes como la marea, sino a través del destino de aquellos hombres que, zozobrando, tuvieron que hacer frente al oleaje de la Historia. Imposible huir de ella, imposible librar con ella una lucha en igualdad de condiciones. El superviviente es perfectamente consciente de ello, de que, en el mejor de los casos, se puede afrontar la derrota con la escasa dignidad que permite esta gran broma que es la vida (*La broma*, Milan Kundera)... O con el humor delirante, no exento de cierto fatalismo, necesario para relativizar el absurdo (*Las aventuras del buen soldado Švejk durante la Guerra Mundial*, Jaroslav Hašek). Queda, no obstante, una tercera opción: la de los Palabristas de Bohumil Hrabal, la de ese

*«cuarto estado, toda esa gente corriente, aparentemente vulgar, que [...] todavía es capaz de reírse y llorar ante el sentido del mundo, que a lo largo de su vida, nada fácil, ha revivido la literatura con su invasión bárbara y ha dotado de sentido a las frases célebres de los filósofos. [...] Gente que mediante su palabristo es capaz de celebrar, de un modo totalmente romántico, el tiempo presente, porque no todo, sino sólo cierto tiempo presente es para ellos hermoso y todo tiempo pasado es para ellos piadosamente ruin,*

*gente que es capaz de bordar su día a día, hasta el más sombrío, con el gran ornamento del humor, aunque sea negro, gente que porta e introduce su blasón palabrista allá donde va. Palabristas que ejercen su influjo en los demás... ¿con qué? En realidad con nada, como la música, que tiene, sin embargo, el poder de dar en ocasiones plenitud y sentido a la vida entera de sus oyentes».*

Y aunque Jiří Kratochvíl ha declarado repetidamente su admiración por Milan Kundera y, sobre todo, por el dramaturgo Ivan Vyskočil (y su literatura experimental y del absurdo), no puedo evitar sentir esta obra más cercana al placer palabrista por la fabulación, por la recreación, a ratos nostálgica y a ratos grotesca, como actitud ante el mundo, ante un mundo al que de otro modo resultaría difícil encontrar un sentido.

Supongo que no debería sorprendernos en un escritor que es, además, autor de un ensayo titulado *Posmodernidad, amor mío* (1994) y que se complace en deconstruir los métodos narrativos tradicionales y en desorientarnos en el interior de un laberinto de voces y relatos de cuya veracidad no podemos estar seguros. Y esto, empezando por las suyas propias, puesto que al leer *En mitad de la noche un canto* uno se pregunta si la historia de Petr y su familia, del protagonista y narrador de esta novela, no es también, en cierto modo, un trasunto literario de la del propio Kratochvíl: hijo del profesor, escritor y ornitólogo Josef Kratochvíl (1915–2001) y sobrino del escritor Antonín Kratochvíl (1924–2004), ambos emigrados tras el Golpe de Praga de 1948 (en el año 1951 y 1952, respectivamente), Jiří Kratochvíl (Brno, 1940–) llegó a completar sus estudios universitarios (Filología Checa y Rusa) y a ejercer, primero, como profesor en una escuela especial y, más tarde, como bibliotecario en la radio de la ciudad de Brno. A partir de 1970, sin embargo, se vio obligado a trabajar en profesiones manuales (gruista, vigilante nocturno

en una granja avícola, telefonista, archivero en una empresa de gravilla y arena), a la vez que se convertía en escritor inédito: su debut literario, la colección de relatos *El caso Chatnoir* (1971), fue prohibido y no llegó a publicarse, y su selección de cuentos *El caso de la oportunidad inoportunamente situada* (1978) apareció tan sólo en Samizdat (en la editorial clandestina praguense Petlice, fundada por el escritor Ludvík Vaculík). También se han encontrado copias a máquina de las novelas que escribió durante el tiempo que pasó trabajando en el centro regional de conservación del patrimonio: *La novela del oso* (1985) y *En mitad de la noche un canto* (1989), que no fueron publicadas oficialmente hasta la década de los años noventa, ya tras la Revolución de Terciopelo. Fue entonces cuando se empezaron a editar el resto de sus obras: su colección de relatos *El Orfeo de Kénig* (1994), la novela *Avion* (1995), la dilogía carnavalesca compuesta por *Historia siamesa* (1996) e *Historia inmortal* (1997), *Tango nocturno* (1999), *El dios afligido* (2000), etc.

Como podrán comprobar a lo largo de la novela, Kratochvil sumerge al lector en un juego de referencias autobiográficas que reelabora en un mosaico de personajes marginales marcados por la experiencia del exilio (real o interior). Se trata de daños colaterales de la Historia, de «*fugitivos lisiados del infierno de Dante*» que sobreviven a duras penas en las fronteras de una sociedad en la que parecen no encontrar su lugar y que está dominada por ese ubicuo y kafkiano «Ellos» que todo lo vigila: la minoría alemana tras la Segunda Guerra Mundial, judíos y comunistas supervivientes de los campos de concentración nazis y relegados al olvido, partisanos griegos, emigrados, expropiados, represaliados, homosexuales... Paradójicamente, no parece haber nada más centroeuropeo que lo marginal.

Y como telón de fondo, como casi siempre en la obra de Jiří Kratochvil, la ciudad de Brno: la oficial y los bajos fondos, la

real y la fantástica, la hiperrealista y la esperpéntica, que adquiere el mismo peso que cualquiera de los personajes de la novela. El *štatl* de Brno, con su *slang* (*hantec*) y su dialecto propios, con sus mitos y leyendas, se convierte así en paradigma geopoético del feísmo, ovillo de calles, plazas, pasajes y patinillos oscuros en los que «*el hedor, el mohog y la suciedad juegan al tute en los cubos de la basura*», revoltijo de casas de vecinos medio derruidas, siempre a la sombra del castillo de Špilberk, que se yergue sobre la ciudad como un gigantesco organillo.

No se asusten, esta extraña ciudad fantasmal no es más que otro de los juegos laberínticos que tanto gustan a Kratochvíl. Forma parte del laberinto literario casi perfecto que constituye *En mitad de la noche un canto*, que, como un gran animal paticojo, se levanta, se aleja renqueante y con el rabo borra las huellas que deja tras de sí, y por tanto, todo lo que les van relatar aquí a continuación y que aún van a oír tiene ya lugar sólo en las entrañas de ese animal, ahora ya invisible, que camina, cojea y sigue borrando las huellas tras de sí... Aunque quizás, si no tienen nada en contra, lo mejor sea explorar ya sus galerías, dejarse llevar por las voces que las habitan: «Pasen, siéntense. Les serviré una cerveza bien fría. Starobrnno, claro. Siempre he preferido la Starobrnno a la Plzeň o a la Smíchov. ¿Esa fotografía en blanco y negro? Sí, ésa de la foto es mi madre, cuando tenía unos dieciséis años, nada más acabar la guerra. ¿Les he contado alguna vez lo que le ocurrió entonces...?».

MADRID

25 DE ABRIL DE 2010